

FRAGMENTOS

¿Chusma? *A propósito de la quiebra del vínculo social, el final de la integración, la revuelta del otoño de 2005 en Francia y sus últimas manifestaciones*

Aléssi Dell'Umbria (Pepitas de calabaza, 2009)

NADIE PUEDE decir que esta revuelta fuera una sorpresa. Toda Francia llevaba más de veinte años acostumbrada a la existencia de esas zonas en las que la marginación urbana y la segregación étnica acababan por coincidir a la perfección. Y como lo más familiar es siempre lo más desconocido, los informes de la policía política y las emisiones televisivas de gran audiencia acerca del «malestar en los suburbios» se sucedían a fin de soslayar lo esencial: se trata de suburbios pobres o, para ser más exactos, suburbios de pobres...

No todos los jóvenes incendiarios de los suburbios eran de origen inmigrante, aunque éstos hayan constituido el grueso de las tropas, pero sí eran todos pobres: una vez recordado eso, ya se ve todo más claro.

Si no todos estos jóvenes eran caillera⁸ * —lejos de ello— todos adoptaron el arrogante epíteto empleado por Nicolas Sarkozy tras su visita efectuada a una zona HLM de Argenteuil (Val d'Oise) en la noche del 25 de octubre, dos días antes de que petara todo, y se dirigiera ante las cámaras a un habitante que éstas no captaron (por cierto, ¿de verdad había un habitante delante del ministro?): «¿Ya están ustedes hartos de esa racaille? ⁹ ¡Pues vamos a librarles de ella!»

¿Librarse de quién? Los servicios de la policía no conocían a la mayoría de los menores detenidos tras la revuelta del otoño de 2005, lo que vendría a probar que, o bien la policía no conocía a todos los provocadores de potenciales disturbios, o que incluso chavales sin historiales acabaron estallando después de lo sucedido en Clichy-le Bois el 27 de octubre por la tarde, dado que con la atroz muerte de aquellos dos chavales, el terror policial se había «excedido» un poco. [...]

[...]Esos policías armados hasta los dientes, flash-ball en una mano y pistola paralizante (laser) en la otra, saben que, sea cual sea el color de su uniforme, cuentan invariablemente con el respaldo del ministro. ¿Por qué iban a cortarse? En varios sitios de Internet está disponible una lista casi completa de las ejecuciones sumarias cometidas por la poli en el ejercicio de sus funciones desde 1972, bajo el título L'Etat massacre (y aún convendría incluir en ella a todos los que fueron literalmente lisiados en el transcurso de palizas...). Las víctimas se cuentan por decenas, y si bien entre ellas hay muchos jóvenes frankaoui¹¹ de pura cepa, salta a la vista que los aarbi¹², en proporción a su peso dentro de la población del país, han pagado el precio más elevado

Además, la tolerancia cero se extiende al simple hecho de recordar todo esto, pues en 2002, tras una denuncia del ministerio del Interior, la justicia persiguió a uno de los cantantes del grupo de rap La Rumeur, por haber evocado en el fanzine del grupo el silencio que rodeó a todos estos crímenes policiales. Finalmente, a finales de 2004, fue absuelto, aun cuando tuvo

* 8 *Racaille* en verlan. El verlan es una forma de argot basada en anteponer la última sílaba de una palabra del francés «oficial» a la primera sílaba. (N. del t.)

9 Término de origen occitano. La *racalha* es, literalmente, el vómito, el deshecho. El sustantivo se forma a partir del verbo *racar*, vomitar, rechazar.

11 «Francés», en *sabir*, antigua jerga mediterránea mezcla de árabe, francés, castellano e italiano, hablada en el norte de África y en el Oriente Medio. (N. del t.)

12 «Árabes»; derivación del árabe arabi; aparece en el francés antiguo de Chrétien de Troyes (s. xiii) con el significado de «caballo árabe». (N. del t.)

que justificarse, ¡lo cual ya es el colmo! (el ministerio del Interior ha recurrido el veredicto...). Para que se vea hasta qué punto este país va de culo. [...]

[...]Los CAILLERA NO REPRESENTAN sino a una fracción de la juventud de los suburbios pobres, pero expresan la frustración general de ésta de la forma más extrema y también más ciega. Agresividad sistemática, machismo exacerbado y hasta racismo revanchista: sobre el lecho de la miseria social germinan conductas asociales. En el límite, ésta engendra monstruos, capaces de quemar viva a una chica que rechaza sus proposiciones o de patear hasta matarlo a un padre de familia que estaba haciéndole una foto a una farola¹³ En el imaginario teledirigido de los franceses, los racailleux están, pues, hechos a medida para desempeñar el papel de bárbaros de turno. Sin embargo, en esta mala película en la que los malos son ellos, ¿quiénes hacen de buenos? ¿Esos franceses de clase media atrincherados en sus casas, algunos de los cuales no dudan en proclamar a viva voz que freír a tiros a un crío que ronda en torno a su coche les parece normal, y que, por lo demás, confían la educación de los suyos a M6¹⁴ *, a Internet y a la Playstation? ¿Los mismos que han hecho de Francia —sin duda para aletargar al monstruo que late en su interior— el mayor consumidor de somníferos y ansiolíticos del mundo?

Los caillera no son sino un reflejo de la anomia general. Eso sí que se les podría echar en cara, ¡pero en tal caso no deberían ser los únicos destinatarios de tal reproche! He aquí un lugar común repetido hasta la saciedad a propósito de estos jóvenes y que no data precisamente de ayer: «Tomados de uno en uno, son unos chavales estupendos, pero desde que están en pandilla ya no se les puede controlar». ¿Será que han comprendido que estar aislado es estar vencido, y que el orden social que los aplasta se basa en el aislamiento? Así pues, se hacen temer: al fin y al cabo, a veces el respeto comienza por el temor... «Aquí es un insulto que te traten de víctima», se oye decir en ciertas barriadas HLM de los suburbios. [...]

[...]Estos jóvenes han nacido en Suburbia¹⁶, lejos de una ciudad de la que, a lo largo de treinta años, se ha expulsado masivamente a los pobres (proceso que, con la excepción de Marsella, se ha repetido en todas las grandes ciudades del país). ¡¿Puede haber algo más indicativo de la segregación urbana que el pavor que se apoderó de las autoridades y los turoperadores durante esas tres semanas de incendios, ante la idea de que la racaille pudiera llegar al centro de París y mandar la temporada turística a tomar viento?!

Así pues, parece que el cinturón de la periferia funciona como una fortificación de nuevo tipo que separa de forma radical la ciudad-museo del suburbio-dormitorio.

TODO ENCAJA. Al desarraigar a la gente, tanto de las ciudades como del campo, para aparcarla en Suburbia, se crea una población sin tradición, sin memoria, sin lazos de ayuda mutua, en resumidas cuentas, sin cohesión interna, y, en consecuencia, tanto más atraída por el repliegue doméstico. El resultado es que la República ha logrado quebrar las solidaridades a la perfección: entre una generación y la siguiente, entre un barrio otro y, por último, entre los franceses y los inmigrantes. Lo único que mantiene exteriormente unidos los fragmentos dispersos de una sociedad desintegrada es la coacción que ejerce el sistema disciplinario, encarnado del modo más visible en la omnipresencia policial.

Dicho sistema disciplinario siempre ha generado energúmenos, individuos cuya revuelta instintiva encallaba en la hostilidad de quienes habían interiorizado la coacción, lo que, literalmente, puede hacer enloquecer. Del tratamiento de esa clase de locura se ocupaban los

* 13 Alusión a un sórdido suceso sin relación directa con los motines de otoño del 2005, pero que tuvo lugar al mismo tiempo que éstos: un individuo que tomaba fotos de las farolas (trabajaba para una sociedad de asesores en mobiliario urbano), recibió una paliza a manos de unos jóvenes del barrio de Epinay-sur-Seine (Seine Saint-Denis), que posiblemente lo confundieran con un confidente de la policía, y murió a consecuencia de la misma. (N. del t.)

14 Cadena de televisión francesa especializada en la difusión de culebrones y series norteamericanas. (N. del t.)

16 Este término anglosajón, empleado aquí por el autor para referirse al universo del extrarradio, designa en su lengua de origen el universo de los barrios residenciales de clase media-alta. (N. del t.)

correccionales y los batallones disciplinarios. Nuestra época ha producido medios sofisticados para anestesiar con delicadeza la capacidad de revuelta de la gran mayoría, pero parecen inoperantes en el caso de estos adolescentes a los que nada contiene: ni estudios que cursar, ni créditos que pagar, ni responsabilidades familiares.

Constituyen un factor de perturbación permanente, una juventud que empezó a ser calificada de «gamberra» con Jean-Pierre Chevènement y ha acabado en la «chusma» de Nicolas Sarkozy. Para ellos contempla la clase política volver a abrir los correccionales, restablecer el servicio militar, incluso, y construir nuevas prisiones.

Nada nuevo bajo la monotonía hexagonal¹⁷ *, en resumidas cuentas. En efecto, Francia se constituyó mediante múltiples formas de coacción y represión, y es un auténtico sistema disciplinario el que, desde el Gran Encierro¹⁸ hasta la IIIa República, le ha ido proporcionando poco a poco su armazón. [...]

[...]Esta coincidencia adquiere todo su sentido en lugares como Clichy-sous-Bois, en los que la mitad de la población tiene menos de veinticinco años y donde un tercio largo de los habitantes no es de nacionalidad francesa. La ruptura entre las generaciones es una realidad que se da en todos los países de Europa occidental, pero en Francia parece particularmente profunda. Una de las razones es ésta: la destrucción de las culturas populares y dialectales, de toda esa parte de la experiencia humana que se transmite de forma oral y, en gran medida, en familia. En la Francia laica y republicana, empeñada en destruir todas las culturas orales, la escuela debía convertirse en el espacio exclusivo de transmisión del saber, en este caso, de la cultura escrita, la de las élites. En otras palabras, era el Estado quien decidía lo que debía transmitirse a las nuevas generaciones, lo que repercutió en el seno de las familias (por ejemplo, la erradicación de los supuestos «dialectos» abrió una enorme fosa cultural entre una generación y la siguiente: los padres hablaban una lengua desvalorizada y menospreciada, y los hijos otra, encomiada como lengua de la cultura y de la civilización). En lo tocante a su progenitura, el papel de los adultos debía ceñirse a educarla de acuerdo con las exigencias del sistema disciplinario: la familia patriarcal cumplía así su papel, al igual que el profesor de la escuela laica y obligatoria y el sargento instructor del servicio militar. Y tenía que cumplirlo en el momento preciso en que dejaba poco a poco de funcionar como espacio autónomo de comunicación y de transmisión cultural.

En las familias de inmigrantes, la ruptura entre el universo cultural de unos padres nacidos en otro país y unos hijos nacidos aquí estuvo acompañada por un debilitamiento del sistema patriarcal. También en este caso, parece que las instituciones exigen una ruptura cultural de idéntica naturaleza a la vivida por las familias no inmigrantes: así, un informe preliminar de la comisión de prevención de la delincuencia del grupo parlamentario sobre la seguridad interior (¡nada menos!) remitido al primer ministro Dominique Gallareau de Villepin en febrero de 2005, y que amalgama sistemáticamente delincuencia y familia inmigrante, evoca como una de las causas de la delincuencia juvenil las «dificultades de idioma» debidas al hecho de que los padres insisten en «hablar el dialecto del país en casa». Quien hable árabe o berebere con sus padres acabará, pues, atracando bancos pistola en mano... aquí reaparece, infligido a los inmigrantes, el mismo desprecio republicano por toda lengua que no sea la del Estado: después de las interiores, las exteriores también quedan rebajadas al rango de «dialectos» y confundidas en el mismo desprecio republicano y universal.¹⁹

* 17 El «hexágono» es una metáfora de Francia análoga a la «piel de toro» como sinónimo de España. (N. del t.)

18 Se trata del período, a grandes rasgos contemporáneo al reinado de Luis XIV, en que el Estado puso en pie todo un sistema de reclusión (cárceles, instituciones de beneficencia, Hospitales Generales y conventos de arrepentidas) que apuntaban a eliminar de la sociedad a todo elemento potencialmente perturbador (vagabundos, gitanos, pequeños ladrones, prostitutas, hugonotes, etc.).

19 La verdad es que no se trata de algo nuevo: hasta bien entrada la década de 1960, los maestros, que seguían combatiendo el uso del occitano, del corso o del bretón, aconsejaban a las familias italianas o españolas inmigradas que no hablasen en su lengua de origen con sus hijos, pues el conocimiento de ésta era forzosamente incompatible con una buena práctica del francés y, por tanto, con una integración exitosa... este monolitismo lingüístico obsesivo ofrece la prueba abrumadora de hasta qué punto ser ciudadano de la República es algo fundamentalmente exclusivo (y por tanto, excluyente).

Las instituciones de la República sólo esperaban de esas familias de inmigrantes una cosa: que disciplinasen a sus retoños, y ello cuando las condiciones de vida de esas mismas familias hacían hipotética hasta la autoridad patriarcal tradicional. «La familia no es sólo un medio para cobrar subsidios, también es un espacio en el que ejercer una autoridad», declaraba Sarkozy en el momento álgido de los incendios, amenazando con cortar las prestaciones de la CAF a las familias cuyos retoños hubiesen destacado. La llamada al restablecimiento de la autoridad paterna, si bien hallará eco entre los franceses de clase media, apegados a la figura del Padre (Napoleón, Pétain, y de Gaulle basaron en ello su poder), tiene pocas posibilidades de prosperar entre unas familias inmigradas en las que la imagen del padre, tradicionalmente fuerte en los países de origen, se halla bastante maltrecha. Confinado a los curros más duros y más repelentes, con frecuencia humillado en su dignidad elemental por el racismo y, por último y cada vez más a menudo, incapaz de alimentar a su familia con otros medios que el subsidio de paro o el RMI —los cuales, a su vez, están sujetos a la buena voluntad de la administración— al padre no le corresponde necesariamente el mejor papel. Y tanto menos cuando no hay nada que recuerde a sus hijos que la primera generación supo, en condiciones difíciles, conquistar su dignidad a través de la lucha. La ruptura entre generaciones también se sitúa allí.

En las familias de inmigrantes sucede algo que los polis comprueban cada vez que efectúan un registro domiciliario: los padres, y en particular las madres, prefieren defender a sus hijos frente a la ley. «No queremos someternos a una autoridad que no nos escucha. A la de los padres nos sometemos porque si nos dicen algo, es por nuestro bien; existe una contrapartida, hay amor. Sé que no es ése el caso cuando un poli me dice "cierra el pico y vacíate los bolsillos", y no por eso voy a hacerlo; ya, tenemos un problema con todos los tipos de autoridad sin contrapartidas», declaraba el joven de Clichy-sous-Bois antes citado. De hecho, lo que espera Sarkozy de los padres de familia inmigrantes es que ejerzan esa clase de autoridad sin contrapartidas que es el resorte del sistema disciplinario, lo que también supondría renunciar a la solidaridad familiar instintiva frente al exterior. Ahora bien, en las familias de inmigrantes, muy a menudo es esta última (encarnada por la madre), la que prevalece sobre la primera (encarnada por el padre). [...]

[...]En los últimos tiempos la definición de la delincuencia juvenil ha evolucionado hasta abarcar comportamientos que —al menos hasta ahora— no eran de la incumbencia del código penal, agrupados bajo la rúbrica de «conductas incívicas». Sin embargo, es evidente que los datos están trucados: hablar de «incivildades cotidianas» a propósito de esos jóvenes que arrastran su aburrimiento supone contraponerlos a las víctimas en tanto civilizados, dato que está por demostrar.

En un país en el que denunciar a los propios vecinos a la policía se considera una muestra de civismo, definir el significado de las palabras civil, cívico o ciudadano suscita muchos interrogantes. Y es precisamente un poli (en este caso el comisario Lucienne Bui-Trong, al que se le encargó en 1991 la Dirección General de los servicios de información sobre la delincuencia juvenil en Francia) quien expone el concepto dominante de lo cívico y, por tanto, de lo incívico, al evocar:

una escalada a largo plazo, como si se comenzase por ocupar el espacio público ingenuamente, sin darse cuenta de que se molesta y, poco a poco, ante las actitudes de repliegue de un vecindario intimidado o los reproches de algunas víctimas irascibles, se considerase que se tiene el derecho de luchar para imponer la propia presencia, invadir los territorios comunes aparentemente abandonados, y luego los territorios privados, antes de ingresar realmente en la delincuencia y, a medida que se experimentan ciertas formas de impunidad a cuenta de la minoría de edad penal y la inercia del entorno, declarar una guerra abierta a las instituciones.^{20*}

* 20 «Que sait la police?» *L'adolescence á risque*, bajo la dirección de David le Breton, París, ed. Autrement, 2003.

Así pues, frente a esa juventud que tiene la «ingenuidad» de ocupar el espacio público creyendo que se trata de un espacio abierto, el comisario restablece el orden: aunque pertenezca supuestamente a todos, en realidad el espacio público no pertenece a nadie, por lo que nadie puede tener la pretensión de ocuparlo. La única instancia que tiene potestad sobre el mismo es la policía. El espacio público es el territorio del Estado.

Resulta extremadamente instructivo ver expresarse esta concepción del espacio público, en el fondo muy republicana, bajo la pluma de alguien que ocupa un cargo importante en el aparato represivo. En una palabra, el espacio público es el espacio neutralizado, el puro espacio de tránsito: la entrada de un inmueble o el desvío de una autopista. ¡Circulen! Al entretenerse, los jóvenes molestan y así se les hace saber (al principio por medio de las recriminaciones del vecindario, y luego mediante un incesante hostigamiento policial).

Que los jóvenes que ocupan esos «territorios comunes aparentemente abandonados» son los de los medios más desfavorecidos, que no disponen de los recursos para gozar de los placeres del encierro doméstico (a mayor abundamiento cuando los susodichos territorios, sótanos, vestíbulos de entrada, etc., les permiten eludir un medio familiar en ocasiones asfixiante), es algo que cae por su propio peso. Que esos jóvenes tengan que recurrir a la fuerza de la banda para poder ocupar tales lugares simplemente muestra el grado de intolerancia al que hemos llegado. En cualquier país donde aún quede algún vestigio de civilización, se considera normal que los adolescentes se reúnan ante los portales de los inmuebles en los que viven. En Francia —y es un comisario quien lo dice— ese simple hecho, en apariencia anodino, conduce directamente a declarar la guerra a las instituciones. Dejando al margen el hecho de que ese discurso llama a la aplicación estricta de una tolerancia cero (puesto que aquel que empieza pegando la hebra con los colegas a la entrada del edificio acabará disparando tarde o temprano contra la poli), cabe preguntarse en qué manicomio vivimos cuando algo tan legítimo y evidente para unos jóvenes como reunirse donde puedan se considera criminógeno. Llegados a este punto, las categorías psiquiátricas tantas veces utilizadas contra los rebeldes y los inadaptados sociales pueden ser vueltas fácilmente contra los defensores del orden republicano.²¹ •

LA CUESTIÓN de la vecindad es, a todas luces, fundamental. El vecino es, de forma inmediata, el Otro. Y si las condiciones de convivencia en los suburbios no facilitan la vecindad, es porque este tipo de hábitat ha sido expresamente concebido para impedirla. Cuando se examina de cerca la historia de la política de vivienda social en Francia, se constata desde un principio esa voluntad de imposibilitar cualquier forma de congregación, de solidaridad y de proximidad entre los habitantes [...]

[...]Al quemar los coches, los jóvenes la emprenden con unos objetos que de inocentes no tienen nada. En su concepción misma, el automóvil encarna el encierro. Este habitáculo prolonga el domicilio privado —cuyo estatuto legal posee, por lo demás, ya que la policía no puede (es un decir) penetrar en él sin una orden de registro. El automovilista —encerrado en su lata de sardinas con la radio o los CD, el portátil, la calefacción y la climatización— resume a la perfección la condición inhumana del habitante de los suburbios: separado radicalmente de los demás, pero con un mínimo de confort personal. No es de sorprender que la agresividad sea la norma de conducta de los automovilistas: el tráfico rodado es una metáfora de la sociedad en la que vivimos, en la que al Otro no se le tolera más que a distancia. Pero por encima de todo, el coche, con la movilidad a la que incita, encarna el encierro cada vez mayor de los neourbanitas en trayectorias solitarias: ofrece libertad de movimiento a cambio de aislamiento creciente, lo que vuelve ilusoria esa libertad. Mientras tanto, los coches arden: veinte mil en toda Francia en 2004, y veintiocho mil durante los nueve primeros meses de 2005; todo eso sin contar el otoño caliente.

• 21 Y no nos consuela lo más mínimo ver cómo esto se extiende a toda Europa. Así, en España se intenta imponer un toque de queda a la juventud por medio de esas reglamentaciones contra la práctica del botellón, aplicadas por ejemplo en Madrid, donde los fines de semana, grupos de policías se encargan de dispersar a los jóvenes reunidos en las aceras y las plazas: quienes no disponen de medios para consumir en el interior de los bares ya no tienen derecho a ocupar el sacrosanto espacio público.

[...]THOMAS HOBBS FUE, EN el siglo XVII, uno de los teóricos-fundadores del Estado moderno. El fundamento de la filosofía hobbesiana, expuesta en su obra *Leviatán*, es el siguiente: el derecho natural de cada individuo contradice el del prójimo y viceversa. Esta lógica infernal da lugar a un «estado de guerra de todos contra todos» en el que «este derecho de todos los hombres a todas las cosas no es, de hecho, mucho mejor que si nadie tuviese derecho a nada». El filósofo consideraba, pues, que es imposible garantizar el respeto por el prójimo si no es a través de la ley civil erigida en arbitro imparcial. Y la ley civil supone un poder soberano que la haga efectiva, al obligar a todos los individuos a obedecerle: «La obligación de obedecer la ley civil se fundamenta en el derecho de vida y muerte del soberano sobre los ciudadanos, en su derecho a castigar a todo aquel que infringe la ley.» Disponer de la fuerza armada y declarar la guerra a un Estado vecino, recaudar impuestos y controlar las doctrinas que se enseñen en la República: tales son los «derechos que constituyen la esencia de la soberanía».

El soberano se convierte, pues, en depositario del derecho natural que cada cual tiene sobre cada cosa, derecho que está en el origen de la guerra de todos contra todos. Y para que impere la paz y pueda hacerse justicia, este poder ha de otorgarse al soberano de forma incondicional.

La descripción que Hobbes hacía de este «estado de naturaleza» era una pura construcción ideológica. El punto de partida de su razonamiento era el individuo aislado; ahora bien, ese individuo constituye una pura abstracción. El individuo es ante todo un ser social, y su relación con el prójimo sólo se establece a través de mediaciones. Hobbes establecía una base totalmente arbitraria partiendo de un individuo atomizado cuya relación con el prójimo tuviera este carácter inmediato. En ningún lugar del mundo real existe algo semejante.

El individuo jamás ha existido salvo como miembro de una comunidad, y toda la historia de los Estados modernos y soberanos ha consistido en desintegrar esas comunidades para llegar a la constitución efectiva de ese individuo aislado que, bajo la pluma de Hobbes, aparece como anticipación filosófica a la vez que como genial intuición histórica. La guerra de todos contra todos constituía para el pensador inglés el postulado que había de legitimar la exigencia de un soberano omnipotente, ese *Leviatán* que prefigura a los Estados modernos. Para fundamentar la legitimidad del soberano, era preciso postular que, por sí sola, la sociedad sólo podía producir y reproducir el conflicto permanente e ilimitado. Sólo el soberano, al trascender las divisiones internas de la sociedad, podía instaurar la paz, lo que equivalía a negarle a la sociedad toda inmanencia política.

Lo más significativo es que para Hobbes era indiferente que el soberano fuera un monarca o una asamblea, que fuera hereditario o electo. Tanto un caso como el otro convienen por igual a su exigencia de soberanía, y la historia de los Estados modernos ha demostrado que, en efecto, es indiferente. En Francia, el paso de la monarquía absoluta a la República —vía la mediación de los regímenes napoleónicos—ha reforzado la soberanía hasta tal extremo que al margen del Estado sólo existe el individuo aislado.

La paradoja reside en que tres siglos más tarde, la realidad cotidiana de las sociedades occidentales, en las que en principio impera la paz civil, tiende a confirmar efectivamente el postulado hobbesiano: la desintegración de todos los vínculos comunitarios, de todas las relaciones entre individuos salvo las utilitarias, el reino de la atomización televisada, el estallido del tejido tanto urbano como rural en beneficio de una gigantesca y anónima Suburbia y el desencadenamiento del interés privado. Todo ello engendra un clamor objetivo a favor de un poder omnipotente, único que está en condiciones de proteger al individuo aislado e indefenso. La «sociedad civil burguesa» no es civilizada: basada en la competencia y la exclusión, sólo mantiene su cohesión gracias al Estado policiaco. Y para garantizar la protección de ese individuo aislado (para el cual, por ejemplo, las bandas de jóvenes representan una amenaza temible) haría falta que este *Leviatán* se dotase del don de la ubicuidad absoluta, que su mirada severa escrutase de forma permanente hasta los menores recovecos de la sociedad con el apoyo de la videovigilancia y de la identificación biométrica. Lo que se ha verificado, por

tanto, es el movimiento inverso al de la demostración hobbesiana: el Leviatán estatal ha terminado por dejar subsistir únicamente —al margen y frente a él— al individuo aislado, cuya relación con el prójimo es en principio negativa y no puede hacerse positiva sino a través de la mediación del poder soberano.

El individuo aislado postulado por Hobbes como base de su razonamiento constituiría, poco más de un siglo después, la piedra angular del edificio filosófico-político construido por la revolución francesa. En la sociedad burguesa se reconoce al individuo en tanto individualidad abstracta, entidad jurídica, política (la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano es explícita al respecto: lo que ese texto fundador ensalza ante todo es al individuo en tanto propietario privado). La constitución de la República suponía la del individuo aislado y la de un ser social de nuevo cuño que tuviese una relación con el prójimo exclusivamente negativa, ya que éste delimita su espacio privado: La fórmula que mejor resume esta ideología de pequeños propietarios, «Mi libertad acaba donde comienza la de los demás», ¡es la misma que en la actualidad se ha encarnado en el habitat residencial!²⁵

Dos siglos de hegemonía política y cultural de la burguesía han desembocado en la desaparición de toda forma de comunidad que pudiera cimentar una identidad ajena a la esfera estatal, la cual, en consecuencia, ha acabado por abarcarlo todo: ser francés se presenta como una identificación fantástica que sigue pautas idénticas a las de la religión, ya que en lo sucesivo la relación de cada individuo con los demás pasa exclusivamente por la mediación del Estado. La trascendencia metafísica de la religión se ha limitado a dar paso a la trascendencia política del Estado republicano. La República consagra la libertad del individuo, que está condenada a seguir siendo formal, pues se basa en la separación con respecto al prójimo, de manera que, frente al poder soberano del Estado, ese átomo individual no tiene la menor consistencia. A la universalidad abstracta de la República corresponde la individualidad abstracta del ciudadano. [...]

[...]Allá donde aún existen sentimientos de filiación (con un lugar, con un cuerpo profesional, con una etnia) el Estado topa con resistencias. La lógica del poder soberano al que apelaba Hobbes consiste, por el contrario, en disolver cualquier vínculo directo entre individuos para no dejar subsistir más que al individuo aislado, y el Estado logra este objetivo a fuerza de desplazar, desarraigar y deportar a las personas, convirtiéndolas, por ejemplo, en habitantes de la Suburbia parisina. Sólo atomizando a los individuos puede el Estado imponerse entre ellos como mediador universal. Cuando la capacidad de construir mediaciones acaba en manos ajenas a las de los individuos, sus relaciones adoptan un carácter inmediato que desemboca efectivamente en un estado de guerra de todos contra todos: es la sociedad civil burguesa, que no deja subsistir otra mediación entre los hombres que el dinero, más aún, que erige el interés privado en norma. Ahora bien, esta sociedad que se autodestruye en permanencia requiere la intervención reguladora del Estado.

Una vez consumado este proceso, quedan las instituciones, el edificio del Estado, las fronteras políticas, cuya finalidad primera y última es el control de las masas solitarias, la capacidad de constreñir al individuo atomizado por medio del sistema disciplinario. Constreñimiento tanto mejor aceptado por cuanto, a cambio, el soberano garantiza la protección, o al menos, se compromete a ello. E incluso la revuelta del otoño de 2005, por su carácter desesperado y furioso, refuerza al cuerpo defensor de éste, el discurso totalitario del Leviatán policial, pues este último halla su realización en el estado de excepción: allí el concepto del Estado confirma su esencia.

NO PODEMOS olvidar que, históricamente, el parto de la República se efectuó por medio del estado de excepción, que presupone la existencia de un sistema disciplinario cuyas capacidades coercitivas pueda movilizar. El Estado se funda a través de la guerra, y ésta —bajo la forma moderna de las movilizaciones masivas— ha sido siempre una formidable máquina de disciplinar (de lo cual da cuenta perfectamente el leitmotiv de todos los viejos gilipollas: «a esta juventud lo que le hace falta es una buena guerra»). Cuando los cuerpos y las almas están lo suficientemente disciplinados, el enemigo procede del interior: es la

* 25 El pensador ruso Mijáil Bakunin, al considerar que el individuo no existe al margen de la comunidad, decía por el contrario: «La libertad de los demás es la condición de mi propia libertad».

inseguridad, identificada primero con la juventud y luego con los inmigrantes y su descendencia. [...]

[...]Religión, del latín religio, designa el acto de relacionar: a la tierra con el cielo, y a los hombres entre sí. Los republicanos laicos, que no ven en la religión más que superstición y oscurantismo, ignoran su fundamento real y son, por tanto, incapaces de llevar a cabo una verdadera crítica de la misma. La religión es un modo de comunicación alienado. En el seno de la comunidad religiosa, es una autoridad exterior e indiscutible la que funda la relación entre los individuos. Señalemos de paso que, en Europa, la religión monoteísta preparó el terreno al Estado moderno (un Dios único fundamenta la legitimidad de un soberano único que dispone la obediencia a una ley indiscutible). [...]

[...]A nosotros nos parece que la cuestión fundamental es más bien ésta: ¿qué vínculos es posible construir, a partir de elementos dispersos, más allá de las identidades monolíticas (la República, el Islam) en las que, por las buenas o por las malas, pretende encasillarse a esta juventud? ¿Qué etnias de geometría variable pueden nacer en el seno del desarraigo y de la desubicación generalizadas? Precisamente por eso, razonar en términos de identidad corta de raíz una construcción que se presenta como movimiento, pues es en la contradicción entre la identidad de origen y la adoptiva, entre los usos y costumbres de allá y los de aquí, donde se encuentra la fuerza viviente que genera filiaciones múltiples. (A condición de no escuchar ni a los integristas de la República ni a los del Islam, que nos incitan a reducir la contradicción a una oposición).

De lo que se trata, frente a los falsos debates sobre la integración del Islam en la República, es de criticar a ambos por igual. Y entonces la exigencia de renunciar a las ilusiones religiosas y políticas sobre la condición de cada cual se presentará como la exigencia de renunciar a una condición que requiere ilusiones. La crítica del cielo se transformará así en crítica de la tierra, y la crítica de la religión en crítica del derecho, así como la crítica de la teología en crítica de la política.⁴⁰ Lo demás no es más que bla, bla, bla, identitario o ciudadanista. [...]

[...]Pero si se plantea la cuestión desde un punto de vista distinto al de la integración de los inmigrantes en la República, y desde un punto de vista distinto al de la 'Umma (la comunidad de los fieles musulmanes), el debate es posible. No se trata ya, en ese caso, de dialogar entre «comunidades», sino de construir un futuro común más allá de la República y de las confesiones particulares, a partir de un diálogo que nos proyecte a todos más allá de los bloqueos actuales, más allá de las identidades monolíticas y excluyentes.[41] [...]

[...]No nos engañemos: las cuestiones de filiación, de identidad cultural, etc., son cuestiones sociales. La cuestión social por excelencia es la de la relación con el mundo. El aislamiento, la separación entre el individuo y la comunidad, son la condición misma del funcionamiento de la maquinaria capitalista. Para el capital es imperativo destruir, ya sea mediante la violencia directa o por medio de infames constreñimientos, cualquier forma de arraigo local, a imagen de los campesinos ingleses del siglo XVIII a los que obligó, a través de las enclosures (cercados), a abandonar el campo para engrosar las filas del ejército de reserva del salariado industrial. Desarraigados, privados del punto de apoyo de la comunidad rural, a los fabricantes textiles de Manchester y de Birmingham les servían igual para un roto que para un descosido. Ahora nos encontramos en una etapa en que ese proceso se ha globalizado bajo diversas formas, lo que

• 40 Cf. *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, K. Marx, México, Grijalbo, 1977. Incluido también en *La comunidad*, Raoul Bremond, Eds. Etcétera. Cf. también «Le jugement de Dieu est commencé», *Revue de Préhistoire Contemporaine* nº 1, París, 1982. (N. del t.)

41 Como ejemplo de lo contrario tenemos ese discurso «francés y musulmán a la vez» (que dio lugar a una manifestación —encuadrada por barbudos— de muchachas con velo que portaban banderas tricolores en la Canebière de Marsella). En este caso se llega al colmo de la alienación: política y religiosa.

significa que los incendios de los suburbios no plantean una cuestión de derechos, sino las cuestiones de la lucha social real, porque los jóvenes parados-de-por-vida y precarios que nacen y crecen en estas áreas de marginación no son el resultado de una injusticia particular, sino la condición de funcionamiento de un país capitalista avanzado. Sin la existencia de estos marginados, los servicios, que constituyen en la actualidad el principal sector de actividad capitalista, no podrían funcionar [...]